



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 12792

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

SABADO 2 DE JULIO DE 1904

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París A. Lorette, rue Caumartin 16; y J. Jones, Fauburg-Montmartre, 31.

Saneamiento moral

Nadie puede negar la grandísima importancia que reviste el saneamiento moral de un pueblo. Pero es preciso, para que el hombre cumpla bien sus destinos y encuentre la recompensa debida á sus merecimientos, que con el trabajo material y pagamente mecánico, corra parejas el trabajo de la inteligencia y el esfuerzo vigoroso del corazón; es preciso que la conciencia del bien obrar y la satisfacción interna que produce el cumplimiento del deber presiden y dirijan el trabajo manual; es preciso que al progreso material acompañe la labor moral, el saneamiento de las costumbres públicas y privadas; el desarrollo fecundo de las facultades del alma. Por el contrario, se dará el caso, muy frecuente por desgracia, de que allí donde la industria se muestra muy pujante, donde el ruido de las máquinas ensordece y el humo de los hornos mancha de congoja la atmósfera, sea donde mejor exista la cultura moral, el saneamiento del espíritu, la pureza de las costumbres, la tranquilidad del alma; como si entre el trabajo material y ultraterreno, entre la ruda que la mano ejecuta y el progreso moral se extendiese un abismo infranqueable que pudiese el sello de la incompatibilidad á la correlación y armonía de ambos esfuerzos.

Aquí en Cartagena, por lo que hemos tenido ocasión de observar con lamentable frecuencia, ó por lo que hemos oído con insistente repetición, dominan dos vicios nefandos: uno contra la Ley y las reglas más vulgares de la educación: la blasfemia: otro contra la Ley y la tranquilidad de las familias: el juego.

todas horas: blasfeman chicos y grandes, hombres y mujeres, personas incultas y personas que al parecer han recibido un barniz de cultura. El mal lejos de corregirse se extiende.

Se hace preciso emprender una campaña eficaz, en que juntamente con las medidas de represión se adopten otras que vigoricen y empujen la obra de saneamiento moral.

Pueblo donde los niños hagan de ordinario la vida en la calle, pueblo donde los niños aprenden cosas que no debieran aprender, se arraigan en ellos más y más la incultura y el vicio y cuando llegan á hombres es imposible desarraigar lo que ha venido germinando desde la niñez.

Los niños en la calle no aprenden nada bueno: se hacen crueles y pendencieros: la falta de respeto á los mayores adquiere caracteres de costumbre; la desobediencia regla de conducta; la procaçidad, el pan nuestro de cada día y cuando nos queremos apercebir del daño es tarde para remediarlo, por que aquella generación que vimos en la calle aprendiendo todo lo malo, hasta la blasfemia, apedreando perros, burlandose de los desgraciados, desobedeciendo y mofandose de las personas mayores, nos la encontramos ya crecida llenando los centros de corrupción ó con la planta puesta en el camino del presidio.

En cuanto al juego, las autoridades sabrán si por este lado se burla ó no se burla la Ley. A ellas compete realizar las oportunas averiguaciones.

En resumen: que hace falta, muchísima falta sanear moralmente. Celebramos como el que mas el desenvolvimiento de los intereses materiales y el desarrollo de la riqueza.

Nos encanta y maravilla presentiar la inauguración de una nueva

via férrea ó la instalación de un centro fabril.

Nos estasiarnos ante un edificio suntuoso que proclama los esfuerzos de la ciencia. Todo descubrimiento nos causa verdadero entusiasmo.

Pero... francamente, si todo esto no va unido al progreso del espíritu, ni se compadece con las empresas de saneamiento moral, no podemos considerarlo si no como una obra deficiente en que se dejan incumplidos los destinos del hombre sobre la tierra.

TIJERETAZOS

Los políticos de la América del Norte han hecho una enmienda en la doctrina de Montoé.

Este dijo: «América para los americanos.» Pues bien, los sobrinos del tío Sam dicen ahora:

«América para nosotros.» Al efecto, según dice un despacho de Washington, M. Hay, ministro de negocios extranjeros, ha ordenado que los sellos de las embajadas y consulados de la América del Norte, no lleven ya las antiguas inscripciones, sino éstas: «Embajada americana», «Consulado americano», desapareciendo las palabras «Estados Unidos».

El asunto traerá cola larga. «Ya lo creo! Como que esa cola comienza en la América del Centro, se extiende hasta el límite de la América del Sur y no tiene nada que ver con los yanquis aunque éstos quieran tener que ver con ella.

¡Qué hormiguitas! Pues cuidado con ello... porque quien mucho abraza...

Lo del cierre de los alcoholeros ha resultado un fiasco.

Era de esperar. Creer que en nuestro país puede sostenerse una manifestación de esa índole más de dos ó tres horas es no conocerlos.

Se agita la opinión de los interesados; se celebran congresos: se toman acuerdos extremados; se amenaza con el cierre y con la baja y cuando tocan á cerrar la puerta, se piensa... no en el triunfo, sino en el dinero que deja de ingresar en el cajón.

Y claro es; se comienza por abrir á cu chillo y se acaba por abrir de par en par.

Esa arma del cierre está gastada y vale lo que la célebre espada de Bernardo. O la carabina de Ambrosio.

Leemos: «Cuanto haga el Sr. Maura para prolongar las sesiones de Cortes nos parece ocioso.»

¡Nada más! Pues si hace un calor tan soberano que á poco que se hable se incendia la atmósfera.

Ya se ha visto el martes; por poco hubo un siniestro.

Así es que lo mejor que puede hacer el presidente es dar el cerrojazo.

Hay que huir de los incendios y, á ser posible, meterse en el agua.

El problema marroquí

El diario francés «Lyon Republicain» dice de España, á propósito de las relaciones franco marroquíes, lo siguiente:

«Del otro lado de los Pirineos empiezan á manifestarse razones. Sin duda hay aún fieros castellanos que aseguran con Necedal que sólo España tiene indiscutibles derechos sobre el Imperio sherifiano, bajo el admirable pretexto de que Isabel la Católica así lo consignó en su testamento. Sin embargo, la mayor parte de los españoles comprenden que esos derechos históricos, por datar de cuatrocientos años, no tienen gran valor, reconociendo que su país se ha mostrado siempre muy negligente en Marruecos, en donde ha desarrollado una política belicosa y monaca; pero no una obra económica y comercial, la única que tiene razón de ser en el siglo XX.

La Sociedad de Geografía de Madrid ha dirigido una Memoria al Sr. Maura, diciendo que Francia vela por mantener el orden en el Atlas Occidental.

Añade que Francia debe conceder á España un alargamiento de la zona de Ceuta, y un puerto en el Atlántico frente á Canarias.

La Sociedad Geográfica de Madrid ha comprendido perfectamente que España puede continuar aún la lucha con Francia en el Imperio sherifiano, en el terreno económico, pidiéndonos garantías para luchar con armas iguales.

Nosotros las daremos con muy buena voluntad.»

LA GUERRA

La prensa, el mundo todo y especialmente las clases directoras, que son las que han de sacar enseñanzas para el porvenir, tienen puesta su atención en el Extremo Oriente, en el vasto escenario donde libran un duelo mortal el oso de Rusia y el sol japonés.

Allí se han formado los mayores ejércitos que se han visto hasta ahora frente á frente; allí se acumula el más extenso material de campaña de que hay noticia en la historia de la guerra; allí se juega la suerte de dos pueblos y se juegan la vida centenares de miles de hombres. ¡Por qué! Por eso, por defender lo mismo que se juega.

En ese duelo en que corre la sangre á torrentes, japonófilos y rusófilos siguen interesados las peripecias del combate; los primeros gozaron al ver como avanza triunfante Kouroki, los segundos sienten desalientos al ver como los rusos se retiran cediendo el terreno al adversario.

Cada vez que chocan esas masas enormes se puebla el espacio de gritos de rabia, de alaridos que arranca el dolor, de maldiciones, de suspiros, y al dejar de tronar los cañones y restablecerse la calma, queda el suelo cubierto de cadáveres que algunas horas antes eran hombres jóvenes en todo el lleno de la vida.

Contemplada á distancia, con los ojos de la imaginación, esa tragedia, ni se ven los arrollos que forma la sangre, ni se contemplan los cuerpos aplastados, ni martiriza los oídos el ¡ay! del moribundo; pero cuando se piensa en lo que es la guerra de los hombres y se reflexiona en tantas vidas humilladas y en el dolor de tantas madres y se despiertan en el alma los sentimientos de caridad y amor, sube del corazón á los labios una ola de reproches que se traduce en una maldición contra la guerra y contra la ambición que la sostiene.

Mientras setecientos ó ochocientos mil hombres se acechan en los campos manchados por despedazarse y se arruina el Japón y sufre un gravísimo eclipse la fama de la guerrera Rusia y se dificulta el comercio en el mar Amarillo, la razón, la justicia, la caridad, el amor, todo lo bueno que Dios puso en el alma del hombre sufre el bárbaro acogotamiento de ese emblema de la ambición y el odio que se llama guerra.

¿No llegará un día en que se acabe esa monstruosidad? ¿No se dibujará nunca en

LOS DOS HERMANOS

17

LOS DOS HERMANOS

16

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 13

mi protección. Os doy tiempo hasta la primavera para decidirle á entrar al servicio de Rusia, y se le reconocerán sus grados».

Al leer estos renglones, Gustavo cayó en su desaliento y perplejidad anteriores.

Desde luego, había dado un paso en vago. ¿Cómo presentarse á Jorge? ¿Como arrostrar sus reconvencciones?

¿Cómo, sobre todo proponerle que compartiese su ignominia?

El infeliz estaba en una situación de espíritu más desesperada que nunca... ¿Qué diría Jorge si veía que, sin respeto á la memoria de Eugenia pensaba asegurar su posición casándose con Blanca, después de haber menospreciado su amor á la patria?

Después de haber hecho traición á todos sus deberes, engañaba además á sabiendas á una noble joven que no podía saber todos sus antecedentes.

Y sin embargo, no había elección que hacer, ni tenía más remedio que complimentar las órdenes que se le habían dado.

Entró, pues, en el cuarto de su prisionero, después de haber mandado á Swan que se retirase. — ¡Jorge!... exclamó queriendo en caer sus brazos.

triste, aunque procuraba dulcificar el aburrimiento de su cautiverio aprendiendo el idioma del país.

Por último, el general discurrió un expediente que esperaba podía salvar la situación.

La condesa María le manifestaba siempre simpatías y había consentido en prolongar su residencia en Arrow hasta la primavera; Blanca parecía no estar leja de amarle, y se veía casi en víspera de solicitar que se fijase un plazo á su casamiento.

El recuerdo de Eugenia no dejaba de perseguirle, más lo rechazaba como un pensamiento importuno, y la graciosa imagen de Blanca conseguía siempre hacer olvidar á la que había sido su prometida esposa. Creía haber triunfado de él, y se felicitaba de haber recobrado parte de su perdida tranquilidad de espíritu. Pero se engañaba grandemente, ó mejor dicho, procuraba hacerse ilusiones acerca de sus propias pensamientos.

Escribió al emperador, y le confesaba en su comunicación que el prisionero era su hermano, y le suplicaba le concediese la libertad de Jorge en gracia de sus servicios y de su abnegación.

La respuesta no se hizo esperar. «Haga vuestro hermano lo que vos, y cuenta con

En cuanto el conde de Arrow hubo cumplido las órdenes que se le habían dado, se apresuró á volver á San Petersburgo para dar cuenta al emperador de su misión, y al propio tiempo para solicitar la salvación de Jorge.

El Czar le acogió con marcado agasajo: más cuando le habló de su prisionero, le escuchó con visible frialdad, se contentó con responderle que ya le dirigiría á Arrow las órdenes convenientes relativas al prisionero.

Gustavo no se atrevió á decirle que era hermano suyo, temeroso de empeorar su suerte ó que fuese motivo de arrepentimiento más que de satisfacción semejante confianza.

— Os autorizo, sin embargo, á guardarlo en Arrow, añadió el Czar, pero me responderéis de él hasta que determinemos cual haya de ser su destino.

El conde se retiró lleno de angustia al ver que su hermano Jorge estaba perdido sin remedio.

Cuando llegó á Arrow, la tristeza de su rostro era tal, que llamó la atención de Dietrich; más guardó sus observaciones para sí, reservándose favorecer, por cuantos medios estuvieran á su alcance, al oficial francés que le inspiraba las mayores simpatías.

¿Qué arriesgaba?